

EL SIMBOLISMO del PORTAL de BELÉN (I)

Uno de los elementos más importantes en la escenografía de las fiestas navideñas es, sin lugar a dudas, el Portal de Belén, el recinto donde tiene lugar el nacimiento del Niño-Dios. Se trata de un elemento con un gran contenido simbólico, que va mucho más allá y tiene una mayor riqueza de lo que suele pensarse. El Portal es el objeto central de los nacimientos o belenes, y con ello el foco de atención de la religiosidad popular. En él se centran todas las miradas, y con razón, pues en su figura se compendia todo el misterio de la Navidad.

Se ha discutido a veces si el Portal de Belén es **un establo o una cueva**, pero tal discusión resulta un poco absurda, pues ambas imágenes no son ni mucho menos excluyentes. En realidad, se trata de un establo emplazado en una cueva o gruta, aprovechando el abrigo natural que ofrecen sus paredes naturales. El arte popular, al construir **los nacimientos o belenes** que figuran entre los elementos más característicos y arraigados de la Navidad, suele representar al Portal de Belén como un lugar reservado para el ganado y situado bien **dentro de una cueva**, bien en la **proximidad de una colina**, como si se tratara de un refugio acoplado a la elevación del terreno y protegido por la sombra de esa misma elevación montañosa. Lo cual nos remite al **simbolismo de la montaña**, con sus múltiples significados de altura, trascendencia, firmeza, centralidad, inmovilidad, conexión con lo Alto, proyección y apertura hacia el Cielo.

Según una antiquísima tradición, que se remonta al siglo II, y más concretamente a San Justino --explica el Padre José María Bover en su *"Vida de nuestro Señor Jesucristo"*--, "Jesús nació en una cueva que servía de establo; era sin duda **una de las cuevas, naturales o artificiales, de la colina junto a la cual estaba construida la caravanera**" (esos recintos, abiertos a los cuatro vientos, que todavía pueden encontrarse hoy día en Palestina). Bover pone de relieve que en esas **cuevas convertidas en establos**, o lugares donde se resguardaba el ganado solían convivir los animales con los seres humanos, como vemos que ocurre precisamente en la escena navideña del Portal de Belén.

Por cierto, como dato curioso, que nos hace retornar al simbolismo solar de la Navidad, el nombre de Belén, el pueblo en cuyas inmediaciones está situado el Portal donde nace Cristo, viene a coincidir con el nombre de la patria de **Bel o Belenos, el dios solar de los antiguos celtas**, equiparado al Apolo o el Helios griego, cuyo nombre significa "el Brillante" o "el Blanco" (*Beli* es precisamente uno de los nombres o epítetos que recibía Apolo); pues, según algunos autores, esta importante divinidad del panteón céltico **nació en un lugar llamado Belen o Belén**; de ahí su nombre de Belenos o Belenus.

El dios Belenos es un ser difusor de la luz y dotado de grandes poderes curativos, protector contra la enfermedad y otros muchos males, que solía ser representado con una rueda radiada, símbolo del Sol, y en honor del cual se celebraba la importante **fiesta céltica de Beltane**, con hogueras y grandes ruedas ardiendo que se hacían descender por las pendientes del terreno desde lo alto de un cerro o montículo.

Belenos, el Apolo céltico, dio nombre a numerosos santuarios, pueblos y lugares geográficos, tanto de Inglaterra como de Irlanda y Bretaña, entre ellos la **fuente llamada Belenton**, conocida por la **virtud sanadora de sus aguas**, la cual **brotaba junto a una gruta situada en un bosque sagrado**. Belenos dio nombre también a uno de los más célebres reyes célticos de la Inglaterra anterior a la conquista romana: *Cunobelinus*, cuyo nombre significa "el perro o dogo (*cuno*) de Belinus (o Belenus)". Algunos autores ven en este Cunobelinus el modelo que sirvió a Shakespeare para crear su personaje *Cymbeline* (Cimbelino).

Lo belénico tiene por tanto una **connotación solar, lumínea, apolínea**, uránica y olímpica, a lo que se añade su potencia sanadora, curativa y restauradora. Nos habla de una influencia catártica, como reminiscencia ártica, lo que se traduce en un ambiente de renovación, de blancura, de pureza y de purificación, de salud integral. Lo belénico aparece, en otras palabras, asociado al surgir o nacer de la Luz, con la salud y la curación que tal nacimiento luminoso aporta.

Al menos para el oído español, la cualidad belénica lleva consigo una influencia benéfica y balsámica. En el **nombre “Belén”** resuena un contenido directa y sonoramente **ligado al Bien y la Bondad**, como si lo Bueno estuviera implícito en dicho nombre. Y **no sólo lo Bueno, sino también lo Bello**, que parece impreso en sus tres primeras letras (*Bel*). No en vano la Belleza va estrechamente unida al Bien, siendo lo Bueno a menudo sinónimo de Bello, pues decimos que es bello lo bien hecho, realizado o construido (lo malo solemos equipararlo a lo feo, diciendo así de algo que está mal, que no está bien o que no es correcto, que “está feo” o “es algo muy feo, quizás hasta horrible”).

Desde esta perspectiva, no puedo evitar trasponer al francés la palabra española “Belén”, imaginándola entonces como compuesta por las voces *Bel* (“bello”) y *Lent* (“lento”, cuya te final no se pronuncia, con lo cual resulta fonéticamente *Len*, o más bien *Lă:*, con la típica pronunciación francesa, quedando la ene solamente insinuada con un leve sonido gutural). Resultaría así *Bel-Len*: lo bello lento o lo lento que resulta bello; **la lentitud de la Belleza o la Belleza de la lentitud**. La Belleza y el Bien que van surgiendo, desarrollándose, mostrándose y expandiéndose de forma lenta, paciente, pausada, sin prisas, con arreglo al orden y como requiera el momento. Tal y como ocurre con el Sol, que nace, se va elevando y afirmando lentamente, al tiempo que va derramando bondad y belleza.

Aquí nos hemos fijado en las posibles conexiones simbólicas del nombre “Belén”, con el que designamos en español el lugar de la antigua Palestina en el que nació Jesús. Pero no puede dejar de señalarse que **el nombre hebreo es *Bethlejem***, que se ha conservado en la mayoría de las lenguas europeas y que significa “Casa del Pan” (*beth* = casa; *lējem* = pan). Nombre en el que algunos autores han visto una referencia a la Eucaristía. Hay quienes sostienen que tal nombre podría derivar de la palabra compuesta *Beth-Lahm*, siendo *Lahm* tal vez el nombre de una antigua deidad filistea o cananea.

¿Podría haber en tal caso una relación con la voz germánica *Lamm* o *Lam*, “cordero”? Lo cual nos remitiría a la imagen de Cristo como “el Cordero de Dios” (*das Lamm Gottes* en alemán, *Guds Lam* en danés). *Bet-Lam* vendría a significar “la Casa del Cordero”, que es aquello en que realmente se convirtió Belén (que en catalán se dice *Betlem*). Pero todo esto son conjeturas con muy poco fundamento. Es posible, con todo, que se pudiera haber producido una confluencia lingüística entre dicho nombre hebreo y la herencia cultural céltica, que tanta importancia tuvo en la Europa antigua, especialmente en España, habitada por la raza celtibérica, dando así lugar a nuestra voz actual “Belén” (*Belem* en portugués).

Pero volviendo al simbolismo más claro y directo del Portal navideño, hay que decir que ese cálido, recogido y entrañable establo, enclavado en una gruta, cueva o caverna, en el seno o las faldas de una montaña, es el **símbolo de nuestra propia intimidad** en la cual habrá de tener lugar el nacimiento de Dios. Es la gruta, caverna o cavidad del corazón, lugar propicio para la teofanía microcósmica, para la revelación y contemplación del Misterio, para el místico surgir o brotar de lo Divino dentro del ser humano.

Hay que recordar la **importancia simbólica de la gruta** en todas las tradiciones sagradas. Símbolo del claustro materno, en su seno tiene lugar el nacer o renacer iniciático. Asociada a la montaña, incorpora muchos de los significados de ésta, como por ejemplo el contacto con la Trascendencia, pero con la peculiaridad de ir referida a la interioridad: no en vano la cueva o gruta suele estar en el interior de una montaña. Y lleva consigo también el simbolismo de la bóveda, el domo y la cripta (figuración de la bóveda celeste).

Al igual que la montaña, la cueva es el **lugar en el que se produce el encuentro del hombre con Dios**, su unión con lo Divino, así como la **hermandad entre el hombre y la Naturaleza** o la Madre Tierra. Ya desde la más remota Prehistoria (recordemos las célebres cuevas prehistóricas de Altamira y Lascaux, con sus pinturas rupestres, que sin lugar a dudas desempeñaban una función mágica y ritual), las grutas o cuevas han sido utilizadas siempre, como santuarios, como lugares para el culto, el recogimiento y la meditación, y en ellas han tenido lugar muy a menudo revelaciones o apariciones divinas (véase, por ejemplo, “*la cova de Iría*” en Fátima). En las grutas realizaban nuestros antepasados prehistóricos sus cultos y ritos. Es también la **Gruta-Cielo en la que se refugia el Sabio taoísta** y en cuyo seno el Tao hace brillar de manera especial su luz transmutadora.

La gruta, cueva o caverna aparece por tanto **vinculada simbólicamente a la montaña y a la fuente**, así como al poder curativo, renovador y restaurador del agua que mana de dicha fuente. Es oportuno señalar que las **apariciones de Lourdes**, en las cuales la Virgen se apareció a Bernadette Soubirous, se produjeron en **una gruta**, la gruta de Massabielle, en la cual la misma Bernadette descubrió **un manantial** hasta entonces desconocido, **cuyas aguas tenían cualidades sanadoras** realmente milagrosas. Y algo semejante ocurre con la gruta de Fátima.

Por otra parte, en un nivel más recóndito y aunque en principio esto pudiera parecer una contradicción, la gruta aparece también vinculada al Sol y a la luz, como lugar en el que se resguarda el Sol, o se cobija el germe solar, para después salir con más fuerza y emerger con luminosidad radiante para iluminar al Mundo.

La imagen de la fuente o el manantial que brota en el fondo de la gruta sagrada no deja de guardar también relación con el **Portal de Belén**, pues éste se presenta y configura como una fuente de bendiciones, como **un manantial de gracia salvífica y sanadora** destinada a remediar los males del mundo. La energía que mana o emana del bendito y sagrado Portal, símbolo del Centro del Cosmos, cura los males y las dolencias que afligen al alma de los seres humanos, aportándoles paz, salud, vitalidad y ventura. Volveremos sobre esta idea, al analizar otros aspectos del simbolismo del Portal de Belén.

La oscuridad del Portal, de la Gruta o Cueva de Belén, que se une a la oscuridad nocturna que envuelve por fuera al santo reducto en “la Noche santa” (*die Heilige Nacht*), **queda iluminada por ese Niño divino que nace en su centro** y descansa, ríe, llora o duerme en su cuna; pequeña criatura recién nacida que no es sino el Sol eterno encarnado en figura humana, en forma infantil, cual divino Avatara. Dicho detalle lumínico, solar o helíaco, queda plasmado en el arte cristiano en los rayos que brotan del cuerpo del Niño Jesús, los cuales vienen a fundirse o confundirse con el color amarillo áureo de las pajas de la cuna.

José Pintón recoge también esta idea o imagen simbólica, muy arraigada en la tradición cristiana, en su “*Compendio histórico de la Religión*”, publicado en 1825, que a modo de catecismo, resume los puntos básicos de la religión cristiana en una sucesión de sencillas preguntas y respuestas. A la pregunta de “¿porqué nació Cristo en invierno y a media noche?”, responde: “para significar que siendo el Sol de Justicia, venía a desterrar las tinieblas del pecado”.

En el campo musical podemos citar, como ejemplo de este mismo simbolismo solar, las estrofas que el músico español del siglo XVIII Juan Montón y Mallén, incluye en un aria compuesta para la Navidad, en cuyo título figura la dedicatoria “al Nacimiento”:

*Raro modo, pastores
de despertar del Sol los resplandores.
Salió el alba feliz, salió María,
y sin romper el alba salió el día.*

Bella forma de resaltar esa luz que llena el Portal de Belén haciendo desaparecer la oscuridad que reinaba en su interior y dando así lugar a un milagroso amanecer. Y a continuación, en la siguiente aria, que comienza con las palabras “*Alienta, mortal, alienta*”, o sea, “toma valor y ánimo” o, si se prefiere, “arriba los corazones” (el verbo “alentar” ha de entenderse aquí en el sentido de “animar, dar aliento, infundir vigor y esfuerzo, hacer que una persona tome espíritu y fuerzas”), añade el citado compositor:

*Cuando sólo a darte aliento
sale del alba María
el fulgor del mayor día
día del mayor fulgor.*

Retornando de nuevo al significado de la cueva donde tiene lugar el nacimiento del Sol divino, hay que decir que la cueva, gruta o caverna es el **símbolo del Centro**. La cueva, enclavada en las entrañas del suelo que pisamos y nos sostiene, puede ser a la vez **templo y hogar**, con el significado de centralidad, intimidad y cordialidad que tienen ambos lugares (la cordialidad como virtud del corazón, o sea, del centro íntimo de la persona). La gruta o cueva representa el interior, la profundidad o la proximidad al centro de la Tierra donde, como en un **refugio seguro**, el hombre se siente protegido, resguardado y cobijado, a salvo de peligros que puedan amenazar su vida íntima, oculto a las miradas profanas y profanadoras, que pueden resultar y de hecho resultan a menudo hostiles.

La **palabra inglesa *cave***, que deriva del **latín *cova*** (o *cava*), al igual que las voces españolas “cava” y “cueva” (véase también “covacha”, cueva pequeña), se corresponde con *cove*, que según Harold Bayley, designaba la **piedra central en los círculos sagrados de piedras** de la antigua Inglaterra, como el célebre de **Stonehenge**, y que actualmente sirve también para indicar **una cala o ensenada**, donde pueden refugiarse los barcos por estar bien resguardada, al abrigo de tormentas, tempestades y vendavales. *Cove* puede significar asimismo “**escondrijo**” y “**bovedilla**”, además de “**un hombre**” (*a man*), un **sujeto** (“un tío”: *a guy*), teniendo el **verbo *to cove*** el significado de “**abovedar**” (lo que enlaza con el simbolismo de la cueva como bóveda celeste).

Las **imágenes de la cueva y la bóveda** aparecen así **asociadas a la figura humana**, como si el hombre mismo fuera el antro, la cueva o la caverna **donde ha tener lugar la teofanía o nacimiento divino**. A este respecto, no puede menos de señalarse la coincidencia entre la voz “antro” (sinónimo de “cueva”, aquí en sentido positivo) y las dos primeras sílabas del prefijo *antropo-*, que interviene en la formación de palabras y conceptos referidos al hombre y lo humano (antropología, antropocéntrico, antropófago). Una similitud que ya existe en las raíces griegas de origen: *ántron* (“antro”) y *ánthropos* (“hombre”).

El antes citado Harold Bayley señala, por otra parte, que la lengua turca tiene un vocablo, la palabra “*cove*” que significa “cielo” (*sky*). **El techo de la caverna simboliza justamente el Cielo**; es decir, el lugar simbólico de la Trascendencia, la sede de lo Divino. Llama la atención, a este respecto, la palabra inglesa para decir “techo”, *ceiling* o *cieling* (pronunciada *síling* y derivada de la raíz verbal *ceil* o *ciel*), tan parecida a la española “cielo”.

Hay que señalar, a este respecto, que la cueva, como ya antes hemos apuntado, se identifica simbólicamente con la **bóveda**, la cual, con su forma semiesférica, en la arquitectura sagrada, **representa justamente el Cielo**. La parte superior de la cueva, su techo, recibe justamente el nombre de “bóveda”: la bóveda de la gruta, usándose también la palabra “bóveda” como sinónimo de “cripta”, que es un lugar o recinto subterráneo, al igual que la cueva. “Bóveda” es llamada también la parte superior e interna del cráneo (la **bóveda craneal**), en cuya cima externa está la coronilla, que se abre al Cielo, así como la parte interior y superior de la boca, el paladar (la “**bóveda palatina**”, que recibe también el nombre de “**cielo de la boca**”). Dos ejemplos éstos que nos remiten al simbolismo de la caverna aplicado al ser humano: se trata en ambos casos de algo interior, recóndito, que está oculto a la mirada exterior y que viene a ser como un reflejo de la bóveda celeste dentro de la persona.

René Guenón ha puesto de relieve el significado simbólico de la caverna como **recinto donde tiene lugar el nacimiento espiritual**, cosa que puede apreciarse en los **ritos de iniciación**, los cuales suelen llevarse a cabo en una caverna real o simulada, y que suponen un “segundo nacimiento”, teniendo éste el significado de “un paso de las tinieblas a la luz”. Es el caso, por ejemplo, de los **mitreos**, los **centros o santuarios mitríacos** (o mitraístas), construidos total o parcialmente bajo tierra, imitando una cueva, en los cuales se rendía culto a Mitra, deidad solar de origen persa que ejerció una fuerte atracción entre los legionarios romanos, y en cuyo interior se celebraban los ritos de iniciación del Mitraísmo, la corriente religiosa que compitió con el Cristianismo durante el Imperio romano.

Guenón pone como ejemplo de tal significado simbólico de la cueva, como centro iniciático y de renovación o renacimiento espiritual, precisamente “el simbolismo cristiano de la Navidad”. “Lejos de constituir un lugar tenebroso --escribe Guenón--, **la caverna iniciática está iluminada interiormente**, de tal modo que es, al contrario, fuera de ella donde reina la oscuridad”, pues es ahí fuera donde se encuentra el mundo profano, asimilado a las “tinieblas exteriores”, de la misma forma que el “segundo nacimiento” se presenta al mismo tiempo como una “iluminación”. Guenón ha mostrado asimismo la conexión simbólica existente entre **la caverna y el corazón**, símbolos ambos del Centro, y recuerda en este sentido la conocida expresión tradicional “la caverna del corazón”.

En la cueva o gruta se da o se prepara todo aquello que es prodigioso, milagroso y sobrenatural. En su interior se encuentra el hombre consigo mismo. Y encontrándose consigo mismo, se encuentra con Dios, con su Principio y su Norte. Eso es lo que ocurre en la Gruta o Portal de Belén, Centro y Corazón de la Tierra, donde se va a manifestar la grandeza de ese Sagrado Corazón cósmico y supracósmico que es el Sol divino (es oportuno apuntar que el Sol es el centro o corazón del sistema solar y, por tanto, del Universo en forma analógica). Es el paraje recóndito, íntimo, entrañable, alejado del mundanal ruido, en el que se desarrolla la transformación interior. En el **simbolismo central, cardíaco, cardinal y cordial del Portal de Belén** se plasma la profundidad de nuestro ser, la hondura de nuestra intimidad, el centro oculto donde Dios se hace presente y donde habrá de nacer o renacer para transformar nuestra vida desde sus mismas raíces.

En el Portal o Gruta de Belén **resuena con fuerza la llamada del Ser**. En el espacio sacro de esa cavidad celestial vibra y retumba de forma majestuosa **el Om sagrado**, el sonido cósmico primordial del *Aum* que viene a corresponderse con el *Amén* judeocristiano. Las paredes de este antró íntimo se hacen eco del *Om* místico, repercutiendo en ellas como si fuera el canto del Ser acompañado por el canto de los ángeles y el repicar de celestes campanas navideñas. Quizá no sea casual la **semejanza sonora del *Aum* sánscrito con el inglés *I am*** (“Yo soy”), *I'm* en su forma contraída, que se pronuncia justamente *Aim*. Y al mismo tiempo que el *Om* cósmico y divino, brota como un eco balsámico la pregunta radical “**¿Quién soy yo?**”, que me pone cara a cara frente al misterio de mi propia persona y que no tardará en verse acompañada por la sonora, alta y sublime afirmación mística “Yo soy”.

El Portal de Belén es la Puerta del Cielo (*Porta Caeli*), puerta que conduce a la Trascendencia y al mundo del Ser, puerta hacia el Origen, puerta hacia el Paraíso. **Es el Pórtico del templo o santuario que forma la Naturaleza**, en la cual se manifiesta el Creador. La Puerta del Sol, la Puerta o Portón por el que entra y sale el Sol eterno, Pórtico que recibe al Sol alzándose como arco triunfal. Pórtico de las maravillas: **el Pórtico de la Gloria**, Pórtico de la Gracia y Pórtico de la Paz, pues da entrada al Misterio y lleva directamente a Dios. Dicho Portal o Pórtico de la Gloria no es otro que el pórtico de tu propio templo interior. Ese Portal bendito, esa Caverna sacrosanta y teofánica, que juega un papel central en el sacro, luminoso, feliz y risueño drama navideño, es tu propio corazón. (“Drama”, por supuesto, en la acepción de “suceso capaz de interesar y conmover vivamente”). **Esa Gruta santa es el centro de tu propio ser**, la cavidad profunda de tu corazón, la gruta de tu mismidad.

En el centro del Portal de Belén está **el pesebre** en el que descansa el Niño-Dios, que es como una cuna, un nido y un trono a la vez. Un **trono áureo**, un **lecho-nido solar**, con las pajas de color dorado brillando y reluciendo como rayos de Sol por la Luz que reciben, contienen y sostienen. Desde el centro de ese modesto pesebre, situado a su vez en el centro de la cueva, irradia con fuerza cautivadora y penetrante el divino “Yo soy”, que nos habla directamente al corazón, a lo más íntimo de cada uno de nosotros, y que va dirigido como una flecha a nuestro Intelecto, traduciéndose en un rotundo “Tú eres”. El humilde y regio pesebre del Portal de Belén es el **nido interior en el que se incuba la semilla crística y solar** que habrá de hacer eclosión en tu vida. Analizaremos en otra ocasión con más detalle el simbolismo de este sagrado pesebre, núcleo luminoso del Portal.

Desde el fondo de la Gruta, Cueva o Portal de Belén resplandece la sonrisa del Niño-Horus, el Niño-Oro, el Niño-Héroe nimbado con un radiante halo o disco solar que proclama su naturaleza y su misión divinas. Es **la sonrisa del Ser** (*Sat, Sein*), **la sonrisa del Sol** (*Sun, Sonne*), la sonrisa del Hijo (*Son, Sohn*), que nos penetra, nos inunda, nos llena y se apodera por completo de nosotros como un raudal o vendaval de alegría. Y el resplandor del *Son-Sun* (*Sohn-Sonne, Zoon-Zon, Søn-Sol*) **nos hace plenamente conscientes no sólo de que vivimos**, y de cómo hemos de vivir, de por qué y para qué vivimos, **sino también de que somos**. Con toda la inmensa fuerza que tiene esta palabra, que apunta a lo más fundamental. Nos hace ver que somos, que participamos en la firmeza y grandeza del Ser. Y puesto que somos, no podemos jamás dejar de ser, nada ni nadie puede atentar contra nuestro ser. Nos hace conscientes, en otras palabras, de nuestro ser o esencia inmortal.

La luminosidad que brota en el centro de nuestro propio ser, en el fondo de nuestro Portal interior, como reflejo de ese Nacimiento divino que tiene lugar no sólo sino también dentro de nosotros, nos lleva a tomar conciencia de lo que somos en realidad, **nos hace conscientes de Eso que en el fondo somos** y que está más allá de todas las apariencias, Eso trascendente y divino que es nuestra Esencia: *Tat tvam asi*, “Eso eres tú”, según la enseñanza sagrada y milenaria de los Upanishads.

* * *

[NOTA: En el próximo artículo analizaremos otros aspectos del rico simbolismo del Portal de Belén, centrándonos sobre todo en factores lingüísticos, que vendrán a esclarecer, ampliar y ahondar muchas de las ideas aquí expuestas.]

www.antoniomedrano.net